

ct

Vaporete y yo

de
Pablo Canosales

(fragmento)

Basado en el cuento EL DÚO DE LA TOS de Leopoldo Alas Clarín, que forma parte del libro CUENTOS MORALES.

“He hablado tanto de mí mismo y tan poco de los intereses generales literarios, porque la razón de ser mis cuentos como son, se funda en cosas mías, no en influencias ni propósitos escolásticos”.
Leopoldo Alas Clarín, 1895.

Un cuerpo escuálido de mujer algo seria, aunque no triste, deambula por los corredores de un hotel que, en otro tiempo, perteneció a su familia. Deambula dos pasos sobre el suelo o dos pasos bajo tierra, según se mire. Nadie la ve. Silencio. El silencio es más fuerte que su deambular.

YO

Y la soledad inunda el Gran Hotel del Águila. (*Suspira*). Puedo sentir como, tras cada puerta, la tristeza se hace un hueco en la cama caliente de los huéspedes. Estos seres, desechos sociales, transitan sin rumbo por pasillos y escaleras. Con rostros inertes. Con rostros terregosos. Como si un viento agresivo hubiese dejado huella de su paso por el lugar.

A medida que avanza por los corredores, toca puertas sin tocar. Tropezar con gente sin tropezar. Y baja escaleras.

YO

La verdad es que no recuerdo un tiempo mejor de este lugar. Quizás siempre fue así. No logro recordar si alguien ha sonreído alguna vez bajo estos techos. Ni tan siquiera el recepcionista. Aquel señor que siempre viste abrigo de verano, dándole igual la estación del año en la que nos encontremos. Y además fumaba. Aún fuma. Fuma mucho. Lo llamábamos Vaporete. (*Sonríe*). Y nunca sonreía. Ni tan siquiera cuando algún cliente asomaba por aquí. Y mi padre, el dueño, su jefe, le decía que debía ser amable. Y él lo era. A su manera lo es. Pero sin sonrisa.

Se acerca a la recepción. Una nube de humo envuelve la estancia apagada. Más bien, a media luz. Escalofríos. Sonríe sin sonrisa. El hombre que está al otro lado del mostrador levanta su barbilla afilada buscando en la humareda. Atraviesa la estancia.

YO

Aquí está. Y sigue fumando. Más mayor que hace una semana cuando lo vi por última vez cara a cara. Es como si por cada semana que pasa, por él pasara un año. Lo miro. Pero él no puede verme desde que vivo dos pasos sobre el suelo o dos pasos bajo tierra, según se mire. Si me viera, no hablaría solo. Se guardaría de charlar. De murmurar. Porque es bastante reservado. Y conforme pasan las semanas/años para él, más callado se vuelve. Recuerdo que una vez le dije que el tabaco acabaría por matarlo. Él siempre se quedaba pensativo para terminar diciéndome que quizás me mataba a mí el humo de su barco de vapor. ¡Y qué razón tenía!